



Chiara Lubich,

DOSSIER_02

A.08

Una presencia mariana en el alba del tercer milenio



La aventura de la unidad

Un carisma evangélico, fecundo y rico en aperturas. Una gran corriente de vida y pensamiento. Un pueblo nacido del Evangelio

«La pluma no sabe lo que va a escribir, el pincel no sabe lo que va a pintar, el cincel no sabe lo que va a esculpir. Cuando Dios toma a una criatura para que surja en la Iglesia una obra suya, la persona elegida no sabe lo que tendrá que hacer. Es un instrumento. Y éste puede ser, pienso, mi caso». Esta clave de lectura la da Chiara a una historia mil veces contada y que suele empezar con un sencillo «Eran tiempos de guerra y todo se derrumbaba». La segunda guerra mundial arreciaba y en Trento se sucedían violentos bombardeos. En ese contexto nació un movimiento que tiene las cualidades de una obra de Dios: «Fecundidad y difusión desproporcionados a cualquier fuerza y genio humanos; cruces, cruces y también frutos, abundantes frutos. Los instrumentos de Dios en general tienen una característica: pequeñez y debilidad. Mientras el instrumento se mueve en las manos de Dios, él lo forma con miles y miles de intervenciones dolorosas y gozosas. Así lo vuelve cada vez más adecuado a la tarea que debe realizar. Hasta que adquiere un profundo conocimiento de sí mismo y cierta intuición sobre Dios, y puede decir con conocimiento: yo no soy nada, Dios lo es todo. Cuando la aventura empezó en Trento, yo no tenía ningún programa, no sabía nada. La idea del Movimiento estaba en Dios, el proyecto, en el cielo».

Una chica feliz

Silvia, éste es el nombre de bautismo de Chiara, nace en Trento el 22 de enero de 1920 y es la segunda de cuatro hermanos. Su padre, Luigi Lubich, comerciante de vinos, ex tipógrafo antifascista y socialista, fue compañero del Benito socialista y acérrimo adversario del Mussolini fascista. Su madre, Luigia, alimentaba una sólida fe tradicional. Su hermano mayor, Gino, se metió en la resistencia cuando acabó medicina y luego se dedicó al periodismo (L'Unità). Un episodio de la infancia de Chiara, de 1930, nos lo cuenta Iginio Giordani: «Un día iba caminado con paso ágil; parecía que la personilla sutil y graciosa se deslizase como un haz de luz flexible, velada por un vestido pobre aunque gracioso. Llegó al final de la calle del Torrione y de golpe se sintió invitada al martirio. Una invitación neta y repentina. Sorprendida, se detuvo; volvió su carita al cielo y dijo: "Sí"».

A los 18 años obtiene con las mejores notas el diploma de maestra elemental. Quería seguir estudiando y solicitó plaza en la universidad católica, pero acabó en el puesto treinta y cuatro y las becas eran treinta y tres. En casa de los Lubich no había dinero para que pudiera irse a estudiar a otra ciudad, así que Silvia tiene que ponerse a trabajar.

Loreto

El punto de partida decisivo de su experiencia humano-divina fue un viaje en 1939: «Fui invitada a un congreso de estudiantes católicas en Loreto —escribe Chiara—; allí, según la tradición, se conserva la casa de la Sagrada Familia de Nazaret dentro de una gran iglesia-fortaleza. Asisto a un curso junto con todas las demás, pero, en cuanto puedo, corro allí. Me arrodillo junto a la pared ennegrecida por las velas. Algo nuevo y divino me envuelve, casi me oprime. Contemplo con el pensamiento la vida virginal de los tres: "O sea que María habrá vivido aquí —pienso—; José habrá cruzado la habitación de aquí allá. El Niño Jesús, en medio de ellos, habrá conocido durante años este lugar. En estas paredes habrá resonado su vocecita infantil...". Cada pensamiento es como un peso que me oprime el corazón y las lágrimas corren sin control. El último día la iglesia está abarrotada de jóvenes. Me pasa un pensamiento claro que nunca se borrará: te seguirá una multitud de vírgenes».

7 de diciembre

Hasta 1943 Silvia sigue trabajando, estudiando y prestando servicio a la Iglesia. Se hace terciaria franciscana y adopta el nombre de Chiara, «la copia más hermosa del Pobrecito», escribe Giordani. Tiene veintitrés años. Iba un día a buscar la leche a un par de kilómetros de casa, a una localidad llamada Virgen Blanca, pues sus hermanas





Chiara Lubich

habían declinado la invitación de su madre porque hacía mucho frío. De pronto, justo debajo del puente del tren, siente que Dios la llama: «Entrégate completamente a mí». Chiara no pierde el tiempo y escribe a un capuchino, el padre Casimiro Bonetti, para que le dé permiso de cumplir un acto de consagración a Dios. Lo obtiene tras un profundo coloquio, y el 7 de diciembre de 1943, a las seis de la mañana, se consagra.

Una luz

En mayo, en el sótano de la casa de Natalia y a la luz de una vela, las chicas leen el Evangelio, como tenían costumbre. Lo abren al azar y caen en la oración de Jesús antes de morir: «Padre, que todos uno» (Jn 17, 21). Es un texto complejo el testamento de Jesús, estudiado por exégetas y teólogos de toda la cristiandad; pero por entonces estaba algo olvidado, pues era misterioso. Además, la palabra “unidad” era casi monopolio de los comunistas. «Esas palabras parecían iluminarse una a una –escribe Chiara–, y nos entró en el corazón la convicción de que habíamos nacido para “esa” página del Evangelio». Más tarde, en la Navidad de 1946, las chicas eligen este lema: «O la unidad, o la muerte». Un día, un sacerdote les pregunta: «¿Sabéis cuál fue el dolor más grande de Jesús?». Según la mentalidad cristiana corriente de la época, las chicas responden: «El que padeció en el huerto de los olivos». Pero el sacerdote replica: «No, Jesús sufrió más cuando gritó en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”». Hondamente impresionadas por estas palabras, en cuanto se quedaron solas, Chiara dijo: «Sólo tenemos una vida, ¡empleémosla lo mejor que podamos! Si el dolor más grande de Jesús fue el abandono por parte de su Padre, nosotras seguiremos a Jesús abandonado». Desde ese momento es para Chiara el esposo de su vida, el único.

La casita

La guerra no da tregua. En septiembre encuentra un techo en el número 2 de Piazza Cappucini. Allí se trasladan ella y algunas de sus nuevas amigas. Es el primer focolar, un modesto apartamento de dos habitaciones en el jardincillo que hay delante de la iglesia de los capuchinos. Lo llaman “la casita del amor”, o simplemente “la casita”. Las chicas que ahí viven, y también la gente que va a verlas, notan un salto de cualidad en sus vidas. Tienen la impresión de que Jesús realiza con ellos su promesa: «Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos» (Mt 18, 20). No quieren perderlo y hacen todo lo posible para que su presencia no se desvanezca por su culpa. «Más tarde, mucho más tarde –puntualiza Chiara–, comprendemos esto: una reproducción, en germen y sui generis, de la casita de Nazaret: una convivencia de vírgenes (y pronto también casados) con Jesús en medio de ellos». Eso es “el focolar”, un lugar donde el fuego del amor enardece los corazones y sacia las mentes.

Los confines de la Tierra

Leen esta frase en el Evangelio: «Dad y se os dará», palabras que se transforman en experiencia cotidiana. Las chicas y sus amigos dan, dan, dan... y se les da, siempre se les da y se les vuelve a dar. ¿Que sólo queda un huevo en casa para todas? Se lo dan al pobre que ha llamado a la puerta y esa misma mañana alguien les deja en el umbral de la puerta un cestito... ¡de huevos! También está escrito: «Pedid y se os dará». Piden cualquier cosa porque hay mucha escasez, no sólo de ellas, sino de los hermanos que pasan necesidad. Y en plena guerra llegan sacos de harina, botellas de leche, tarros de mermelada, haces de leña, ropa. En el focolar no es raro que, con el mantel más bonito y una consideración propia de un rey, se sienten a la mesa una focolarina y un pobre, una focolarina y un pobre.

El día de la fiesta de Cristo Rey, Chiara y sus compañeras están en torno al altar después de la misa. Se dirigen a Jesús con la sencillez de quien ha entendido lo que significa ser hijos, y le piden: «Tú sabes cómo se puede realizar la unidad, el ut omnes unum sint. Aquí nos tienes. Si quieres, sírvete de nosotras». La liturgia de ese día las deja fascinadas: «Pídemelo y te daré en posesión a las gentes y en heredad los confines de la Tierra». Y así, con su sencillez evangélica, piden nada menos que “los últimos confines de la Tierra”. Para ellas Dios es omnipotente.

«Aquí está el dedo de Dios»

Una palabra del Evangelio había cautivado a Chiara y a sus compañeras: «Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha». Habían deducido que quien escucha al obispo, escucha a Cristo. Justo en ese período el obispo la llama, y Chiara no deja de darle vueltas porque no sabe el motivo. Se presentan en el obispado y exponen lo que están realizando: una verdadera revolución que va creciendo casi sin que se den cuenta. Con todo, dicen que están dispuestas a deshacerlo todo si él así lo desea. «En el obispo –piensan– habla Dios». Y Dios es lo único que les importa, nada más. Mons. Carlo De Ferrari escucha a la chicas, les sonríe y pronuncia una sencilla frase que quedará en los anales: «Aquí está el dedo de Dios». Su aprobación y bendición acompañan al Movimiento hasta su muerte.

En el verano del 49 Giordani se reúne con Chiara, que está descansando en Tonadico, en las montañas del Trentino. Todos viven intensamente el pasaje del Evangelio sobre el abandono de Jesús. El 12 de julio Chiara escribe: «¡Jesús abandonado! Lo importante es que, cuando pase, estemos atentos a oír lo que nos quiere decir, porque siempre tiene cosas nuevas que decir. Jesús abandonado nos quiere perfectos. Jesús es el único maestro y se sirve de todas las circunstancias para modelarnos, para limar las asperezas de nuestro carácter, para santificarnos. Lo único que tenemos que hacer es tomar esas voces de las circunstancias como voz suya. Todo lo que sucede a mi alrededor sucede por mí, es toda una expresión coral del amor de Dios por mí».

Cuatro días después, el 16 de julio, empieza el período conocido como “Paraíso de 1949”. Chiara escribe: «Nos esforzábamos por vivir la nada de nosotros para que él viviese en nosotros. Sobre esta nada, en la santa comunión, amada y redescubierta como vínculo de unidad, Igino Giordani y yo le pedimos a Jesús que uniese nuestras almas como él sabe hacer. Y experimentamos –por una gracia especial– lo que significa ser una célula viva del Cuerpo Místico de Cristo: era ser Jesús, y como tal estar en el seno del Padre. Y un “Abba, Padre” brotó de nuestros labios.

Así empezó un período luminoso y especial en el que, entre otras cosas, nos pareció que Dios quería que intuyésemos el designio de nuestro movimiento. También entendimos mejor algunas verdades de la fe, en particular quién era para el hombre y para la creación Jesús abandonado, que lo había recapitulado todo en sí. La experiencia fue tan fuerte que nos



hizo pensar que la vida iba a ser siempre así: luz y cielo. En cambio, lo que siguió fue la realidad de todos los días. Y al despertar bruscamente, por así decirlo, de nuevo en la tierra, sólo Él nos dio la fuerza para seguir viviendo». En un folio con membrete de la Cámara de los Diputados que le prestó Giordani, escribió entonces Chiara, de golpe, esa obra maestra que empieza con un verso célebre: «Tengo un solo esposo en la Tierra, Jesús abandonado». Descender de aquel “pequeño Tabor” fue el anuncio definitivo de que el Abandonado es el camino hacia la unidad: «Iré por el mundo buscándolo en cada momento de mi vida», está escrito es ese folio.

Un periodo paradójico

Ya en los tiempos de Trento, aún en los años 40, el Movimiento había suscitado interrogantes en el mundo católico por su originalidad. Pero fue sobre todo a partir de su difusión por el resto de Italia, en los años 50, cuando la Iglesia de Roma y los obispos italianos someten a un estudio atento a este movimiento naciente que se sale de los cánones tradicionales de las asociaciones laicas y, por tanto, suscita ciertas preocupaciones pastorales y doctrinales.

Empieza así una etapa paradójica que duró unos quince años. Por una parte, la Iglesia de Roma, y en especial los obispos italianos, expresan la necesidad de un estudio en profundidad de la realidad naciente; por otra, todos aquellos que siguen el carisma de la unidad van tomando cada vez mayor conciencia de “ser Iglesia”, y espontáneamente dan su vida por una difusión que, con la distancia que da el tiempo, no se puede explicar con los parámetros apostólicos normales. La luz del verano del 49 era demasiado fuerte como para no irradiarse.



Chiara durante una de las primeras “mariapolis”

Las pruebas

Han pasado unos años desde el inicio del Movimiento y empiezan las pruebas, «según está en la lógica divina de las cosas». Pesadas pruebas interiores, con largas noches para algunos, y sobre todo la suspensión y la incertidumbre debidas al largo estudio de la Iglesia. Escribe Chiara: «Ya lo sabemos: la vida se paga; la vida que llega a través de nosotros a tantas almas, se produce con la muerte. Sólo pasando por el hielo se llega al incendio». Y también: «Sobre todo hay un pensamiento que no me abandona nunca. Es fruto de una dolorosísima prueba interior, que en ese periodo era más ardiente que nunca. Había entendido quién era yo y quién era él. Él todo, yo nada. Él la fortaleza, yo la debilidad. Y era justo esa debilidad mía tan evidente lo que me convencía de que los frutos que dábamos, esos miles de conversiones, no podían ser efecto más que de una Obra de Dios».

El nacimiento

La tan deseada aprobación por parte de la Iglesia católica llega el 23 de marzo de 1962, al mismo tiempo que el espíritu de la unidad llega a los continentes más lejanos. Unos años más tarde, Chiara comenta: «El estudio duró mucho. Con su experiencia y sabiduría de siglos, la Iglesia estudió paternalmente la nueva realidad eclesial nacida hacia poco». Nunca se desdijo Chiara ni un milímetro de su absoluta confianza en la Iglesia, y en varias ocasiones llegó a confinarle a los más íntimos que, si se hubiese llegado a una disolución del Movimiento, todos habrían obedecido esa decisión. A partir de ese momento, incluso más que antes, la historia de Chiara se confunde con la del Movimiento fundado por ella, que se sigue desarrollando según un preciso plan de Dios, y no sólo en sentido geográfico. De hecho empiezan a adquirir forma varias “vocaciones”, distintas entre sí pero con la misma radicalidad. En 1956, año marcado por los sucesos de Hungría –la revuelta popular sofocada con sangre por la invasión soviética–, al lado de los focolarinos florecen los “voluntarios de Dios”, como había auspiciado Pío XII. Simultáneamente se anuncia otros movimientos (de jóvenes, de familias, de compromiso social y parroquial) que alzarán el vuelo en los años siguientes. En 1961 el espíritu del movimiento penetra entre los hermanos cristianos no católicos. Dios estaba actuando, y lo demuestra el hecho de que, cuando en 1950 el padre Boyer se lo preguntó, Chiara excluyó la naturaleza ecuménica del movimiento. «Pero Dios me esperaba al otro lado», dirá más tarde.

Concilio, modernidad y jóvenes

Tras la primera aprobación del Vaticano, firmada por Juan XXIII, con Pablo VI llegan las primeras audiencias y ulteriores aprobaciones. En 1967 aparece en todo el mundo la segunda generación del Movimiento, y a continuación la tercera y la cuarta. Son los años de las baterías y las guitarras del Gen Rosso, el Gen Verde y muchos otros grupos musicales de los jóvenes de los Focolares. Su primera salida a la vida pública es en mayo de 1975, cuando 25.000 jóvenes llenan a rebosar el Palacio de los Deportes de Roma, la arena de los conciertos rock y de las manifestaciones políticas. También es el periodo de un mayor compromiso social. En torno a las distintas vocaciones surgidas en el Movimiento, casi por “imposibilidad genética” de encerrarse en un grupo cálido de “buenos cristianos”, nacen algunas ramificaciones de amplio alcance. En torno a los focolarinos casados se forma Familias Nuevas; en torno a los voluntarios, Humanidad Nueva; en torno a los sacerdotes diocesanos, un movimiento sacerdotal; en torno a los jóvenes llamados al sacerdocio, una nueva generación sacerdotal; y por obra de los párrocos, un movimiento parroquial.

Consolidación y profundidad

En 1976 tiene lugar el Rocca di Papa el primer encuentro de obispos amigos, de la mano de Mons. Klaus Hemmerle, obispo de Aquisgrán. Al año siguiente, al recibir Chiara en Londres el Premio Templeton por el progreso de la religión, empieza oficialmente el diálogo interreligioso del Movimiento. Con todo, la Obra sigue siendo desconocida para la mayoría y sigue relativamente “resguardada”, a no ser por algunas manifestaciones más visibles de los jóvenes. Una tras otra nacen nuevas obras sociales por todo el mundo. Las ciudadelas, empezando por Loppiano (Italia), se amplían y captan nuevos habitantes; nace una sólida revista para la promoción de la cultura de la unidad, Nuova Umanità. En 1982 siete mil sacerdotes y religiosos del Movimiento participan en una histórica celebración eucarística en el Aula Pablo IV presidida por Juan Pablo



II, el cual había visitado el Centro de los Focolares, en Rocca di Papa, dos años antes. Sobre su relación con los papas escribe Chiara: «A veces me sucede, por ejemplo, que durante una audiencia hago una gran unidad con el Papa, así, como una hija; y entonces tengo la impresión de que el Cielo se abre y yo estoy conectada con Dios, con una gran unión, sin intermediarios; siento una unión con Dios densísima. Y lo que la caracteriza es justo este hecho: sin intermediarios, una unión con Dios sin intermediarios».

Años de alegría y regocijo

En 1990 el Consejo Pontificio de Laicos aprueba los estatutos generales del Movimiento. El mismo año, con la colaboración de Mons. Klaus Hemmerle, Chiara funda la "Escuela Abba". Sus miembros tienen Jesús en medio, efecto de su amor a Jesús abandonado, que cada vez renuevan con un pacto, y tratan de traducir en doctrina luminosa y segura la vida de comunión, la espiritualidad de la unidad. En 1991, en Brasil, la fundadora y presidenta de los Focolares pone en marcha el proyecto por una Economía de Comunión, que en breve tiempo se expandió por los cinco continentes, involucrando a muchos empresarios y empresas. Estos tres episodios, junto a otros de este período, dan testimonio de la penetración de la espiritualidad en las más variadas realidades humanas. Una penetración en primer lugar espiritual, pero también cultural, como lo confirman, entre otras cosas, los dieciséis doctorados honoris causa otorgados a Chiara entre 1996 y 2008. Y no olvidemos los numerosos premios, entre los cuales destacan el de la Unesco por la educación a la paz (1996), o el del Consejo de Europa por los derechos humanos (1998). Por otra parte, le han concedido doce ciudadanía de honor en el mismo período.

Diálogo a campo abierto

El ámbito del diálogo interreligioso es con toda probabilidad el que ha experimentado mayor desarrollo, con la apertura de relaciones habituales con los afroamericanos del imán estadounidense W. D. Mohammed (primera mujer, blanca y cristiana que habló en la mezquita de Malcolm X de Harlem), con los budistas theravada de Chiang Mai (Tailandia), con varios grupos hindúes de la India, con el movimiento budista Rishso Kosei-kai de Japón... Chiara misma fue elegida en 1994 presidente de honor de la WCRP (Conferencia Mundial de las Religiones por la Paz), y en enero de 2002 fue designada para hablar en nombre de la Iglesia católica, junto con Andrea Riccardi, en la gran reunión interreligiosa de Asís, promovida por el Papa.

Por último, el diálogo con personas de convicciones no religiosas. Chiara les dice a sus "amigos", que así los llama: «Nuestra Obra tiene una vocación universal. Por eso nuestro lema es "Que todos sean uno...". Ahora bien, en ese "todos" también estáis vosotros. No podemos prescindir de vosotros... Estaremos unidos en los valores, en otras ideas, en alguna cosa concreta». Una palabra aparte merece el desarrollo de la ciudadela de Fontem (Camerún), donde se ve, tras una visita de Chiara en 2000, una verdadera "nueva evangelización" a escala de pueblo, entrelazada con un proyecto de desarrollo social. El sello a este período lo pone la carta apostólica Novo millennio ineunte, en la que Juan Pablo II propone a toda la Iglesia una "espiritualidad de comunión", con la cual se halla en singular sintonía la "espiritualidad de la unidad" que el Movimiento siempre ha propuesto.

La última prueba

Los tres últimos años de la aventura terrenal de Chiara son los más difíciles. Jesús abandonado, su Esposo, se presenta a la cita «de una forma solemne», en medio de una oscuridad en la que Dios parece haberse puesto, como el sol en el ocaso. Con todo, Chiara sigue amando momento a momento a un hermano tras otro. Sigue sirviendo al "designio de Dios" sobre el Movimiento y está al tanto de sus desarrollos hasta los últimos días, cuando, para gran alegría suya, es aprobada por el Vaticano la naciente universidad Sophia. Uno solo ha sido siempre su deseo: «Quisiera que la Obra de María, al final de los tiempos, cuando, compacta, esté a la espera de presentarse ante Jesús abandonado-resucitado, pueda repetir: "Ese día, Dios mío, iré hacia ti... con mi sueño más loco: llevarte el mundo entre mis brazos". Padre, ¡que todos sean uno!».

Chiara se apagó el 14 de marzo de 2008 poco después de las dos de la madrugada. El último mes lo había pasado en el Policlínico Gemelli de Roma. Allí aún despachaba la correspondencia y tomaba decisiones importantes para el Movimiento. Recibió también una carta del Papa que releía a menudo porque la confortaba. El patriarca Bartolomé pasó a saludarla y bendecirla.

Los últimos días expresó repetidamente su deseo de volver a casa. Se lo concedieron. Se despidió personalmente de sus primeras compañeras, de sus primeros compañeros y de sus más estrechos colaboradores. Luego, mientras se iba agravando, diría que consumiendo, cientos y cientos de personas se acercaron a su casa y entraron una a una en su habitación durante horas y horas, para verla, darle un abrazo o decirle una única palabra: gracias. Hay una gran emoción, pero más grande aún es la fe en el amor. Se canta el Magnificat por las grandes cosas que el Señor ha hecho en ella y se renueva el compromiso en vivir el Evangelio, o sea, amar, como Chiara siempre ha hecho y enseñado.

[Referencia: Revista Ciudad Nueva, núm. especial sobre Chiara Lubich]



En su primera audiencia con un Papa, Pablo VI en 1964



Chiara en uno de sus encuentros con el Santo Padre Juan Pablo II



Chiara recibe el premio de la UNESCO de Educación para la Paz



Chiara durante un discurso en la Mezquita de Malcon X, en Washington DC.



Durante uno de sus viajes en India

